

*El corazón no se rompe de golpe,
se resquebraja en silencio.*

ANÓNIMO

Capítulo 1

Bajo el mismo techo

—¡N o!, ¡no! —gritó Samu de madrugada. Ana y yo nos encontramos en el pasillo y corrimos a su habitación. Se encontraba empapado en sudor y jadeante mientras mi madre lo tranquilizaba.

—Ha sido tan real, no quiero volver a ese maldito pueblo.

Nos quedamos paralizadas en la puerta, observando la escena. Samu no paraba de pasarse la mano por la frente; mi madre levantó la vista hacia nosotras.

—Volved a la cama, niñas. Ha sido solo una pesadilla.

Nos dimos la vuelta, intercambiando miradas de preocupación a la vez que regresábamos a nuestras habitaciones. Aunque las palabras de mamá intentaban tranquilizarnos, no podían borrar el temor en la voz de Samu al decir «ese maldito pueblo».

Desde que tengo memoria, Samu ha evitado hablar de su infancia o de su vida antes de conocer a mamá. Su único vínculo con el pasado era la casa, situada en aquel pueblo en el que apenas habíamos estado. Mis recuerdos de la vivienda eran borrosos, ni siquiera estaba segura de si eran recuerdos o mi imaginación.

—Cariño, sabes que tenemos que arreglar la casa de tus padres..., así no puede seguir. Serán solo unas semanas...

—Pero no puedo volver allí...

—¿Por qué? Ha sido solo un mal sueño.

Fue lo último que escuché antes de cerrar la puerta de mi cuarto.

*

Tenía catorce años aquel verano del año 2007. Mis padres habían planeado un viaje familiar al pueblo de Samu. Al viaje iríamos todos: mis hermanos, Dante y Romeo; mis hermanas gemelas, Ana y Beverly; Samu, mamá y yo. A Samu nunca le ha gustado que lo llame papá; por eso, cuando me refiero a él, lo hago por su nombre.

Éramos una escalera de edades, con dos años de diferencia entre cada uno de nosotros. Siendo yo la pequeña.

Sonó el timbre que indicaba el final de curso.

—Sara, no puedo creer que ya sean las vacaciones de verano —comentó Julia, mi mejor amiga, a la vez que recogíamos nuestros libros.

—Yo no puedo creer que vayamos a estar todo el verano sin vernos.

Julia me abrazó y, agarradas del brazo, salimos del instituto. No era solo la idea de separarnos lo que me preocupaba, sino pasar todo un verano fuera de casa y en un lugar que escasamente había visitado en toda mi vida.

El coche de Dante, mi hermano mayor, se encontraba aparcado frente al instituto. Al verlo, Julia se sonrojó, como de costumbre, dejando que sus rizos pelirrojos cubrieran ligeramente su rostro. Todas mis amigas andaban enamoradas de él.

—¿Qué guapo es tu hermano!

—Yo no sé qué le ves...

—¿Hola? Su porte atlético, su piel bronceada y ese aire de seguridad que siempre lo rodea..., ¿suficiente?

—¡Pasa buen verano, Julia! —saludó Dante desde el coche.

Ella asintió mordiéndose el labio inferior y tocándose el pelo; yo no pude evitar reír. Nos abrazamos de nuevo y me fui al coche.

—¿Triste? —me removié el pelo, que por aquel entonces solía llevar suelto para evitar el esfuerzo de peinarme.

—Un poco.

Sentía un nudo en el estómago, una sensación difícil de expresar.

—Las gemelas siempre tarde... —Consultó el reloj de su muñeca.

Mis hermanas estaban muy unidas; tanto que a mí me excluían de su círculo. O eso pensaba.

En aquel momento permanecían en la entrada del instituto con todas sus amigas. Se daban abrazos, intercambiaban cartas... igual que si no fueran a volver jamás..., y solo íbamos a estar fuera unas semanas. Quizá yo también debería haber escrito cartas de despedida. Aunque no se me ocurría quién querría leer una.

Dante tocó el claxon y les hizo ver que estábamos esperando. Ambas terminaron de despedirse y caminaron hacia el coche. Beverly estaba visiblemente molesta y preparándose para una de sus quejas, con esa voz grave y seca que la caracterizaba, la cual iba muy acorde a su personalidad. Al subir al coche, se quitó la goma que le sujetaba la larga melena en una coleta.

—Cómo se nota que no tenéis de quién despediros...

Ana, sin embargo, se subió en silencio y se abrochó el cinturón con tristeza.

—Gracias, hermano, por hacer el *grandísimo* esfuerzo de venir a buscarnos —imitó Dante la voz de Bev.

Ella puso los ojos en blanco y cruzó los brazos.

Cuando llegamos a casa, Romeo se hallaba en el salón. Con un lapicero en la oreja, perdido en su cabello ondulado, y un bolígrafo en una de sus manos, con el que tamborileaba una libreta llena de notas y tachones.

—¿Qué tal el último día? —nos dedicó una sonrisa vaga y sin esperar respuesta volvió a fijar sus ojos en el cuaderno.

Las gemelas hicieron un gesto de resignación en respuesta a su pregunta y se fueron a su habitación. Sus siluetas altas y delgadas se perdieron en el interminable pasillo.

Romeo había sido siempre mi confidente, era el segundo nacido. Nos parecíamos mucho, no solo en los gustos, sino también físicamente. Nos encantaba leer, aunque yo prefería las novelas y él los cómics. Podía pasarse horas sumergido en esas historias de superhéroes y universos fantásticos, y a menudo nos sentábamos juntos a hablar de nuestras lecturas, comparando tramas o personajes. Nos unía una conexión especial.

Romeo y Dante, por otro lado, no se llevaban muy bien en esa época. Eran polos opuestos y sus personalidades chocaban a cada momento. Esa diferencia hacía que cualquier cosa, por pequeña que fuese, acabara en una discusión entre ellos.

—¿Qué garabatos son esos? —soltó Dante mirando la libreta.

—No son garabatos, son mis notas musicales.

—¿Notas musicales? Solo me pregunto si hay alguna posibilidad de que puedas componer algo que no suene a..., no sé, ¡a un gato atrapado en una caja!

—Quizá si supieras algo de música, lo entenderías.

Dante dio un golpecito a la libreta y esta se cayó al suelo.

—¡Eres un payaso!

Romeo se agachó a recogerla y de nuevo una de sus discusiones explotó. Dante poseía el don de sacarle de sus casillas constantemente.

—¿Mamá y Samu? —pregunté mirando alrededor del piso, ignorando completamente sus historias.

Vivíamos en un piso antiguo en el centro de Santander. Mis padres lo habían remodelado hacía apenas cinco años.

Y, sin embargo, mantenía un aire clásico. Parecía de revista, todo elegido con cuidado por mi madre. Era un piso antiguo, con cuatro habitaciones. Durante la remodelación, mis padres decidieron levantar una pared delgada en la habitación de mis hermanos, lo que les permitió compartir la misma puerta, pero tener sus propios espacios separados.

Las gemelas compartían litera en su habitación y disfrutaban de dos armarios enormes. Sin embargo, a mí me asignaron la habitación más pequeña, lo cual siempre me hizo pensar que originalmente debía de haber sido un despacho. Vivíamos en un tercer piso, en una zona elevada de la ciudad; desde las ventanas de la cocina y el salón podíamos ver la bahía de Santander, como si el mar formara parte de nuestra casa.

—Samu y mamá se han quedado a terminar papeleo en la empresa —contestó Romeo. Y se fue a su habitación.

—¡Ahora voy a nuestro nido, hermanito!

Mientras Dante se alejaba a continuar incordiando a Romeo, me quedé pensando en mis padres. Trabajaban juntos en la empresa de mudanzas; mi madre se encargaba de la parte administrativa. De joven había sido guapísima, le solían preguntar si era caribeña, por el color de piel y los labios, y aún conservaba esa chispa. Era gracioso, su ropa dejó de valerme cuando tenía doce años, y fue cuando entendí porque siempre llevaba tacones. Le encantaba cuidarse. Tenía una risa contagiosa, excepto cuando se enfadaba... entonces, mejor apartarse.

Mi padre era todo lo contrario, y mis hermanos sin duda habían sacado su altura. Yo, por mi parte, ocupaba un lugar intermedio, sin destacar demasiado en ninguna dirección. En esos años ya empezaba a teñirse su pelo castaño.

Se mostraba serio e inspiraba mucho respeto. Personalmente, no podía decir que conociera a fondo a mi padre. No sabía quién era él exactamente o qué le preocupaba y

eso me hacía sentir mal. Siempre mantuvo cierto distanciamiento, aunque no se podía negar que nos quería, simplemente parecía incapaz de demostrarlo de una manera más cercana. Samu era, en muchos sentidos, un enigma para mí. Por eso me resultaba extraño que hubiera accedido a tomarse todo el verano libre, confiando en que los demás, incluyendo a Dante y a mi tío, se encargaran de todo mientras él pasaba el tiempo con nosotros.

Con aquellos pensamientos rondando mi cabeza, terminé de preparar las maletas y me senté en la cama a ojear una novela de misterio. Me encantaban las novelas de terror, de misterio, con toques románticos y con finales inesperados. Me ataba el pelo sin pensar, como había visto hacer miles de veces a mis hermanas. Todos decían que tenía la boca y la forma de mirar de mamá. Yo solo sabía que, aunque era la más pequeña, ya no me sentía tan niña.

Cuando llegaron mis padres, la casa se llenó de bullicio familiar. Al cabo de un rato, el aroma de la cena comenzó a inundar el aire. La mesa estaba llena de platos y las risas resonaban en el aire. Beverly y Ana intercambiaban bromas conforme se servían más pasta.

—¿Estáis listas para ir al pueblo mañana? —preguntó Romeo con una sonrisa traviesa—. Espero que no os olvidéis de llevar suficientes zapatos de tacón para correr detrás de las ovejas. No vaya a ser que os perdáis la oportunidad de explorar.

—¡Claro que sí! —respondió Bev—. Es mi sueño de verano.

Ana soltó una risa, mirando a mi hermana con complicidad, y dijo:

—Seguro que no hay ni cobertura.

Samu terminó de cenar y, como de costumbre, se levantó y comenzó a recoger el desorden de la cocina. Daba la sensación de que estar con nosotros lo incomodara. Por el contrario, mi madre se reía de nuestras conversaciones.

—¡Yuju! Vacaciones en un pueblo donde seremos los únicos menores de sesenta años —añadí yo.

Dante se unió a la broma haciendo gestos dramáticos.

—Siempre podemos hacer una fogata con las composiciones de Romeo.

—Ja, ja. Qué gracioso eres... Mejor con tus modelitos del gimnasio.

Aquella noche antes del viaje, me quedé despierta más tiempo de lo habitual, con el libro que estaba leyendo olvidado en mis manos. Recordé la frase de Samu, «ese maldito pueblo», su angustia..., y me invadió la preocupación.

